

ESFINGE

DIRECTOR:

FROYLAN TURCIOS

2^a Epoca

Tegucigalpa, 20 de mayo de 1917.

Núm. 41

Una historia
y un poema

Un poema es la imagen total de la vida expresada en su eterna verdad. Y esta es la diferencia entre una historia y un poema. Una historia es un catálogo de hechos sueltos, que no tiene más conexión que el tiempo, el lugar, las circunstancias, las causas y los efectos. Un poema es la creación de acciones, sujetas a las formas inimitables de la naturaleza humana, tales como existen en la mente del Creador, que es ella misma imagen de todas las demás mentes. La una es parcial y se aplica únicamente a un período definido de tiempo, y a una cierta combinación de elementos que nunca pueden producirse de nuevo. El otro es universal, y contiene en sí un germen de relación con todos los motivos o acciones que pueden tener lugar en las variedades posibles de la naturaleza humana. El tiempo, que destruye la belleza y la utilidad de la historia de hechos particulares, desnudos de la poesía que pueda vestirlos, aumenta los de esta misma poesía, y desarrolla para siempre nuevas y maravillosas aplicaciones de la eterna verdad que contiene.

Por eso se ha llamado a los epitomes o resúmenes polillas de la Historia: se comen toda su poesía. Una narración de hechos particulares es un espejo que oscurece y contorsiona lo que hubiera podido ser bello.

La poesía es un espejo que embellece lo que está deformado.

PERCY BYSSHE SHELLEY.

Natural



FUERZA del sol de mediodía en una tierra ardiente. La hierba tostada reverbera: oleadas de calor sofocante sacuden la arena fina del camino transitado a todas horas. Un viandante rendido, con hambre de sombra, vé los montes azulados, opacos, distantes como sueños de imaginación enferma; y se acoge a la sombra del primer árbol. Un golpe de campana seco y brusco; luego un toque acompasado—señal de muerto. ¿Quién será? El viajero se levanta y va a continuar su camino; pero el viento le arrebató el sombrero y tiene que regresar a recogerlo.

Unos hombres traen algo negro. Vienen jadeantes y sudorosos; se vé que desean echar pronto la carga a tierra. Otros caminan a cierta distancia, indiferentes y sin prisa. Van todos a enterrar; pero el muerto no les importa. Como al que volvió por un capricho del viento; como a todos los que encontraron, como el pueblo hacia cuyo camposanto se encaminan.

¿Quién será? Nada más. Un muerto: nada más.

MERCEDES LAINES.



LA INTRUSA



A vela esteárica, oculta tras un biombo, proyectaba—con las oscilaciones de su flama y sus chisporroteos—trazos fantásticos en la pared. La noche una noche de junio joyante de astros, iba rápidamente a su orto. Todo dormía en torno de la moibunda y de él en la solemne paz de la tierra, que pronto argentaría el alba. De las cumbres venía, a través del espacio, el aria melancólica de los gallos. En el techo, desde las rendijas, los grillos chirreaban interminablemente, tal como en la noche milenaria del mundo, escondidos en el espeso follaje de las gigantescas coníferas. Llegaba la plañidera canturria del próximo río, que él creía ver deslizarse lentamente, con aguas más negras que las del Aqueronte, hacia el mar del olvido y de la muerte.

El, oculta entre las manos la frente febril de insomnios y meditaciones, pensaba en aquella tragedia de su vida, paladeando los más acres sulfatos de su dolor. Amaba, con la locura del corazón y de la carne, a aquella que había sido una adorable mujer, semejante, por la aristocracia de sus gráciles formas—como que era retoño de una estirpe selecta—al hermafrodita de la fábula. Cuando la conoció, su cabellera insólitamente profusa, tenía visos de oro, como un rincón de noche estriado de esplendores lunares; su frente era un triángulo armonioso entre sus negros bandós; sus orejas eran dos finas conchas de las melodiosas playas de Lesbos; sus cejas sombrías y aterciopeladas, como las alas de ciertas mariposas de la noche, cejas que se confundían con la iniciación de una nariz sin mácula, tal la de una Diana o una Minerva; sus pestañas luengas y unánimes como las de las vírgenes de las catedrales españolas. En el orbe de los admirables ojos—así como dos camafeos trabajados por un ilustre artífice, —ya Juan de Segovia o Benvenuto Cellini, brillaban dos topacios incrustados de puntos diamantinos. Los labios eran armoniosos y casi marmóreos por lo pálidos, con un rictus de resignación por las asperezas y hieles de la vida; la faz, larga, de blancura láctea; el cuerpo gentil y fino, que la maternidad no pudo deformar; las manos como las de Juana de Aragón o las de Ana

Bolena, una de éstas tendida aún a los siglos, desde la región del misterio; y los pies breves, rosas las uñas, alzó el empeine, mostrando el insigne abolengo de su prosapia.

Tal era aquella mujer, cuando en el abril más amable de su vida, tras un ardiente prólogo de amor—aque! de Romeo y de Julieta—la hizo suya, previa la bendición sacerdotal. Dió!e el tesoro de su carne y de su espíritu: carne de diosa y espíritu de ángel; puso algo de paz pradi! en aquella alma huraña y taciturna, tal como la selva de Dante; algo de miel de égloga en aquel corazón, que tenía la inquietud y la amargura del mar; y fué ella, para aquel Prometeo mental, una dulce oceánide que le dijo palabras de consuelo y esperanza. Mas ahora,

victima de una terrible enfermedad, espantosamente demacrada, mostrando el armazón óseo bajo la lívida piel, ella se moría, sin una queja, mártir del amor, en el orto de aquella noche de junio.

Alguien andaba, con paso lento y sospechoso, por los corredores de la estancia. Se detuvo un instante en el umbral de la puerta, empujó y entró, — escuchándose luego un rumor como de faldas de seda. Los remotos gallos suspendieron sus estridentes clarinadas; del río no llegaba un solo rumor; únicamente un grillo prolongó su fúnebre chirrido, que parecía ir de su escondrijo al fondo de la Eternidad.

El, sobresaltado, escuchaba la aproximación de la visita invisible. Un gran suspiro llenó el ambiente, impregnado de un fuerte olor de creosota; los ojos de la enferma se abrieron extraordinariamente, ávidos de vida aún, y unos dedos misteriosos los cerraron en seguida. Gimió la mujer palpando en el vacío; palideció, casi hasta apagarse, la bu-

Muerte del cisne

Felyne Vervits

Trajeada con la pompa y el al!ño
de un cisne de verdad, flota y resbala,
y hay en sus brazos la intención del ala
del voluptuoso príncipe de arm!ño.

Con el rubor angelical de un niño,
mítra su boca, que a una flor iguala,
y penetra en los nervios de la sala
como un escalofrío de cariño.

Danza; y la virgen que a mi lado queda,
mientras en un ensueño se desnuda,
abre sus muslos al amor de Leda.

Y cuando el ave agonizante y muda,
se desvanece como un tul de seda,
la virgen llora su dolor de viuda.

OSCAR TIBERIO.

jía; y un aire gélido, venido de la Estigia, penetró en el cuarto. Cuando él estrechó, temblando, a la amada yacente en el lecho, sólo suspendió un cadáver. La intrusa de Maeterlinck, menos corpórea que un fantasma, había salido por donde entró.

Ya el alba tendía su gasa argéntea sobre las montañas húmedas de rocío, semejando enormes turquesas o esmeraldas; los gallos la saludaban con sus resonantes dianas, desde la copa de los árboles; el río, laminado de luz, iba cantando armoniosamente entre sus riberas. Despertaba la Naturaleza como al rumor de un inmenso epitalamio. Todo era vida: en el cielo los pájaros volaban alegremente; en la tierra, se alborozaban los brutos; y,

La bailarina de los pies desnudos

Iba en un paso rítmico y fello
a avances dulces, ágiles o rudos,
con algo de animal y de divino
la bailarina de los pies desnudos.

Su falda era la falda de las rosas.
en sus pechos había dos escudos....
Constelada de casos y de cosas....
la bailarina de los pies desnudos.

Bajaban mil deleites de los senos
hacia la perla hundida del ombligo,
e iniciaban propósitos obscenos
azúcares de fresa y miel de higo.

A un lado de la silla gestatoria
estaban mis bufones y mis mudos....
I era toda Selene y Anactoria
la bailarina de los pies desnudos.

RUBÉN DARÍO.

en el mar, en los azules abismos, rebullían los peces monstruosos.

Bajo el insulto de aquella alegría universal, aquel taciturno insomne, lleno de fiebre, tuvo ímpetus de maldecir a la Creación. I dos lágrimas, como dos gotas de metal fundido, cayeron de sus ojos, rodando a la tierra indiferente. En la sala, entre los agudos gritos del coro familiar, a la luz de los cirios, yacía la muerta, tal como una dulce cristesa de un marfil antiguo.

JUAN RAMÓN MOLINA.



Les rossignols chantain...

(Traducción de
Pedro Jalinas)

EN la tumba de Orfeo cantaban ruiseñores.

El alma universal vibró en todas las cosas,
el mar muriente, lánguido, tuvo nuevos temblores,
igual que un pecho henchido de voluptuosidades,
y en su lomo de espuma, verdes mirthos y rosas
llevó como fragante carga hasta la ribera.
En el jardín del cielo ya no hubo claridades,
y en los bosques se oyó una voz lastimera.

En la tumba de Orfeo cantaban ruiseñores.

El polvo de los muertos se estremeció en las urnas
fúnebres; su rocío sacudieron las flores.
Todo tembló; en el aire latía ya la aurora
y el mar en una ola cariciosa y sonora
trajo hasta tierra el coro de sirenas nocturnas.
En la orilla, y besado por la luna, un pastor
soñó que algunos labios posados dulcemente
en su flauta, cantaban melodías divinas.
Tierra y cielo se unían en un beso de amor,
y entre las vaguedades grises de las neblinas,
la gran canción al mar resonaba potente.

En la tumba de Orfeo cantaban ruiseñores.

Tierra y cielo se unían, como en la faz humana
el gozo se une al llanto. Yendo hacia la lejana
luna, blancas palomas bogaron por los cielos,
y el aliento de un fauno, anhelante de amores,
hizo girar sus plumas en azules revuelos.
Tibia brisa del mar se elevó acariciante
desde el umbroso bosque a la cumbre bravía.
Y temblaron los mármoles, porque en aquel instante
en que todo callaba, el ruiseñor seguía
en la tumba de Orfeo su canto funeral,
y el corazón secreto de la Naturaleza
en él hallaba el eco de la eterna belleza
que vibra entre las cuerdas de la Lira inmortal.

CHARLES GUERIN.

Oda a Italia

¡AVE Latina, hurrah! ¡Divina encantadora!
 Tu épica gloria lo quería.
El gran reloj del Tiempo te señaló la hora...
 Era temprano todavía.
Sangre de los antiguos guerreros italianos
 arde en las panoplias longevas;
los ilustres arneses de los tiempos romanos
 auguran alboradas nuevas...
¡Alba gloriosa! ¡Épico flamear de pabellones...!
 Fénix surge de su ceniza.
Los tropes equinos ruedan recios cañones
 hacia los campos de la liza.
¡Italia, oh luz, oh madre de cuanto es bello y noble!
 Nada detenga tu pujanza.
Escucha cuál repican su bélico redoble
 los tambores de la esperanza.
Golpe final tu golpe,—fraterno y rudo,—sea.
 Te contemplan las almas todas,
llenas de Carlomagno y locas de Odisea...
 Las lirás sueñan con las odas.
Y halo de maravilla, nimbo de iluminado,
 luz de radiante majestad,
sobre una frente augusta ha puesto un consagrado
 reflejo de inmortalidad.
¡Alto poeta, divino D'Annunzio! Dante
 por tu voz mueve a la tragedia;
no es raro que tu altivo espíritu gigante
 sueñe otra Divina Comedia!
La multitud que un día sufrió tus latigazos,
 te colma de aplausos y flores...
¡Emperador de almas, dispensador de abrazos,
 último de los redentores!
Tienes un trono sobre la inmensidad latina;
 tu voz es pólvora celeste...
Como trigo maduro de redención germina
 sobre las campiñas de Trieste.
Siempre el teutón, Italia, ha sido tu enemigo;
 por tu ruina labora Germania.
Aun resuenan los ayes y exigen el castigo
 las víctimas del *Lusitania*.
Ten el mismo vigor del buen tiempo pasado
 que hoy evócase en tus museos.

Ha de tornar tu carro victorioso, cargado
con los germánicos trofeos....
Ha de acabar por siempre la soberbia teutona;
el Tiber se ha tornado en geysser.
A tus vientos calientes, la prusiana corona
tiembla en la cabeza del Kaiser.
Garibaldi se yergue, altivo y arrogante,
como un faro sobre Tarpeya,
y para la Epopeya su lira ofrece Dante,
si no hay quien cante la Epopeya....
¡Ave Latina, hurrah! Cantan todos los vientos.
Tu épica gloria todavía
vierte su luz antigua sobre los irredentos
campos de la alta Lombardía.
¡Ave Latina, hurrah! ¡Divina encantadora!
El alma que te canta espera
que un ave de epinicio se pose triunfadora
sobre tu gloriosa bandera!

AGUSTÍN ACOSTA.

A la tumba de Edgar Poe

(Traducción de Eduardo Castillo)

Trocado al fin en sí mismo, tal como al fin la Eternidad nos lo muestra, el poeta, con el resplandor de su acero desnudo, despierta y le da la voz de alarma a su siglo, espantado de no haber advertido que su voz extraña era la voz aterradora de la Muerte (o que nadie habló de la muerte con más profundidad que él):

La multitud, que al principio se había estremecido como una hidra al escuchar a aquel ángel darles un sentido nuevo y más puro a las palabras del lenguaje vulgar, empezó a clamar que el poeta se inspiraba, para sus sortilegios verbales, en la innoble embriaguez del vino y el ajenjo:

¡Oh crimen de la tierra y del cielo! Si con las imágenes que su poesía nos sugiere no logramos esculpir un bajo-relieve para exornar su tumba deslumbrante.

Que al menos el granito de esa tumba—sereno bloque semejante al aerolito que arrojó a la tierra alguna catástrofe misteriosa—marque el límite en que las blasfemias futuras de los enemigos del poeta vendrán a romper sus negros vuelos....

STÉPHANE MALLARMÉ.

DE LA VIDA

(Fragmentos de una conferencia.)



AQUEL dístico tremendo escrito por el genio del Dante sobre los muros infernales, ha sido borrado completamente por la civilización y la caridad cristianas de todos los lugares donde se angustia y grita el dolor humano. Ya no hay puertas tras de las cuales se pierde para siempre la esperanza; y hasta a los mismos antros del infierno, —llámense hospitales, donde se retuerce el padecimiento físico, o cárceles, donde esté oprimida y lacerada el alma de los hombres, —baja perpetuamente la luz misericordiosa y pía del consuelo y de la redención, ya sea bajo la forma blanca y pura de la Hermana de la Caridad poniendo el bálsamo sedante de sus manos sobre las llagas del sufrimiento de la carne, o ya bajo la forma cordial de la fraternidad, llevando la palabra alentadora y el *sursum* viril y reparador y el *súrgite* poderoso del taumaturgo nazareno a todos los hermanos que se duelen bajo la pesadumbre de la pena moral y que quizá sintieron caer sobre sus sueños y sobre sus arrepentimientos la losa incompasiva de lo irreparable.

Porque es precisamente el bien que derivan, al amparo de las evangélicas enseñanzas, las nuevas tendencias del espíritu humano, encauzadas hacia la tolerancia y el perdón, como si otra vez se oyeran aletear a la orilla de los lagos azules las blancas mariposas de las parábolas o como si de repente, rompiendo el silencio criminal de los siglos, repercutiera en la conciencia humana aquella incomparable respuesta del Maestro a las implacables persecuciones de los fariseos:— *Que aquel que esté sin pecado tire la primera piedra.*

Y es que si todavía hay faltas irreparables, ya no pueden existir culpas irredimibles, ni a la luz de la razón ni bajo el criterio falible de la justicia humana ni bajo la esplendorosa y eterna claridad de la justicia divina. Las puertas de la redención están abiertas siempre para la conciencia. El arre-

pentimiento no puede llegar tarde nunca para la regeneración moral. Si el camino del mal es inclinado y resbaladizo y atrae con perfidias de sirena, siempre á cada paso, a una y otra vera, se abren amplias veredas para volver al punto de partida y recomenzar la jornada sobre la línea plácida del bien. Un punto de contrición basta, en el drama popular de Zorrilla, para alcanzar la salvación eterna. El error y el mal no son sino accidentes efimeros mientras que la virtud y el bien son chispas inmortales encendidas en el corazón del hombre, que pueden parecer nublados transitorios, pero que no se apagan, que no pueden apagarse jamás, como no se apaga el sol con los eclipses que a veces nos interceptan su luz vivificante.

Ahora, si en el concepto moral al calor de ese criterio, que es el de la Filosofía Cristiana, al par que el de todos los espíritus libres y justos, desde Sócrates a Víctor Hugo y desde Jesús de Nazareth hasta Monseñor Bienvenido; si al calor fecundo y sedante de ese criterio altísimo, —decía— no hay culpa que no tenga redención posible, en el concepto social, bajo el imperio robusto y sano de la democracia, no hay una sola vida que pueda considerarse inútil o fracasada para el progreso humano, para la obra común del ideal o para la preparación del porvenir.

No; no hay vidas fracasadas o inútiles. La vida se hace por sí misma y tiene la virtud de la lanza de Aquiles: lleva en su propia violencia el bálsamo para las heridas que produce. Hasta las hojas caídas otoñalmente de los árboles no son otra cosa que abono fecundo de nuevas vegetaciones; y eso mismo son las ilusiones marchitas, las desesperanzas y las caídas de los hombres: abonos de más altos ideales, tierra preparada con lágrimas o con sangre para que las nuevas humanidades vayan encontrando enflorado el camino, que era antes de espinas, y para que los cardos y las asperezas de ayer se hagan lirios y se hagan rosas y perfumen y alfombren los senderos por donde van los hombres con su carga a cuestras, tras los rayos de la estrella de Belén o alumbrados por la columna de fuego de Moisés o a adoptar las tablas de los Derechos del Hombre o a pedir que no haya esclavos y que todos seamos hombres, ya con el angustioso grito de Las Casas, el cristo blanco de los indios, ya con el áspero y tajante acento puritano de Abraham Lincoln, el cristo de los negros redimidos.

Y es que a eso, precisamente, tienden de consumo todas las grandes aspiraciones fundadas a la vez en Cristo y en Marat,—a pesar de su formidable antítesis, porque Jesús era el sollozo y Marat era el rugido del dolor humano; tendencia evangélica y dulce a que todos seamos hermanos, hasta el que se envilece en el prostíbulo, hasta el que rueda por todos los abismos del mal, hasta el que gime en cárceles y gemonías,—víctimas del error humano o arrastrados por la pasión avasalladora,—como eran hermanos para San Francisco de Asís hasta la alondra por el canto, hasta el lobo a pesar del mordisco, hasta el león a despecho de la zarpa, porque canto—a veces pérfido—mordisco,—siempre cruel—y zarpa—algunas veces traidora,—no impiden que hombre y lobo y alondra y león seamos criaturas de Dios que sepamos siquiera reflejar sobre la tierra el destello de nuestro origen divino.

No; no hay vidas fracasadas ni inútiles. El hombre que hasta del fuego y de la ceniza hace elementos fecundantes para que la tierra germine y estalle en gemas y en flores y en frutos, bien puede utilizar el propio dolor, el propio arrepentimiento, la propia contrición, que son elementos germinativos de la conciencia, a fin de que el alma se empeñe de luces y de colores ideales, elevándose sobre la miseria transitoria de la culpa, para que suba transfigurada y purificada en crisoles miríficos por la escala legendaria de Jacob—que sirve tanto al sueño como a la contrición—hasta sumirse en la llama de infinito Amor, que es a la vez la llama de la infinita Misericordia.

Y escala prodigiosa, para todas las ascensiones del espíritu y crisol magnificado para todos los esfuerzos de la regeneración es el culto bendito y enaltecido del trabajo.—*Oh, tú, de Dios venida, santa ley del trabajo merecida*,—que cantó el poeta creyente y humilde. Trabajo para el cuerpo, trabajo que desarrolle el músculo y active la fuerza del organismo y moldée el sér para la continua labor donde se amasa el pan para los hijos, donde se gana el honrado jornal mojado con el sudor de la frente, no conforme a la maldición del Paraíso sino conforme a la bendición de Dios: trabajo que pone vigor en el cuerpo y luz en el semblante y paz en el alma; que llena de radiante esplendor el cortijo, a la vuelta del padre con la tarda yunta de bueyes, mientras el fulgor crepuscular parece poner aureola de santidad sobre la cabeza encanecida bajo el

sol; trabajo que hace madurar los frutos, que pule el oro de las espigas y que hace que revienten las semillas en alfombras de esmeraldas como símbolo de esplendor y de esperanza.

Trabajo es redención, porque prepara la renovación de la vida extraviada o perdida. Trabajo es regeneración, porque enseña nuevos horizontes, porque abre más luminosas perspectivas, porque enciende nuevos mirajes en el ansia insatisfecha del espíritu humano. Trabajar es orar, decía el poeta latino: trabajar es mantener el alma en constante comunicación con la divinidad, es pedir *el pan nuestro de cada día* en la forma mejor y más pura en que puede hacerlo la actividad humana, y es estar preparado para recibir todos los días el soplo milagroso de lo alto que se difunde en rocío para las flores, en aire y en luz para la vida entera de los seres y en bendición perdurable y magnificente para los hombres...

AUGUSTO C. COELLO.

EL ARBOL

(FRAGMENTO)

Siempre erguido en el llano,
ya le agite el invierno, ya le meza el verano,
en escarcha su tronco o el ramaje en verduras,
a lo largo del tiempo de odios o de ternuras,
él impone su vida, enorme y soberano
a las llanuras.

Desde siglos y siglos, en las mismas praderas
ve las mismas labores, las mismas sementeras;
y los ojos hoy yertos
de los abuelos muertos
miraron, poco a poco, cómo se retorció
con los ramajes rudos,
la fuerza vigorosa de su corteza en nudos.
Entonces, sus labores, tranquilo presidía;
mullíale su pie, de musgo blando lecho,
abrigaba sus siestas al claro mediodía
y dió su sombra techo
a aquellos de sus hijos que se amaron un día...

E. VERHAEREN.

Derechos reservados



Berceuse blanca

¡QUÉ effluvios de Epopéyas! ¡Qué anunciación de rosas!
¡Qué frémido de mundos! ¡Qué beatitud de ritos!
¡Qué alumbramiento en éxtasis de azules infinitos!
¡Qué aleluya inspirada late en todas las cosas!

¡Sauce abstraído, y arpa muda, vaso de Ciencia!
¡Mística sensitiva que sus gracias restringe!
¡Noche estrellada y urna blanca de quintaesencia!
¡Eres toda la Lira y eres toda la Esfinge!

¡Oh plegaria del Verbo! ¡Iris de dulcedumbre!
Interjección de un sabio vértigo sibilino.
Cáliz evaporado en silencio y en lumbre.
Eres todo el pentágrama. ¡I eres todo el Destino!

La pompa de tu frente reclama una diadema
—por santa y por augusta— de Emperatriz de Hungría,
y tu escote—Laponia de blancura suprema—
el collar de una aurora boreal de pedrería.

Síntesis de Gliceras, Diotimas y Atalantas,
eres toda la Esfinge y eres la Lira toda.
¡Por tí se alzan las treinta cúpulas de mi Oda
y todos mis imperios se duermen a tus plantas!

¡Oh cristalización de luna! ¡Oh fausta gema!
¡De todas las Estéticas filosofía y norma!
¡Ánfora pitagórica de idealidad suprema!
¡Carne inspirada en éxtasis y éxtasis de la forma!

¡Oh Ifigenia, que en sueños creciste hacia lo Invisible!
¡Diana de luminoso mármol que nada turba!
Astra de Cien Poemas, ebrios de Incognoscible,
Catedral de la Vida y Orquestrión de la Curva!

¡Silencio, oh Luz, silencio! ¡Pliega tu faz, oh Lirio!
No has menester de Venus filtros para vencerme.
Mi amor vela a tu lado, como un dragón asirio.
Duerme, no temas nada. ¡Duerme, mi vida, duerme!

¡Duerme, que cuando dué mamos, la eterna y la macabra,
la insensible y la única embriaguez que no alegra,
y sea tu himeneo la Esfinge sin palabra,
y el ataúd el tálamo de nuestra boda negra,

con llantos y suspiros mi alma entre la fosa,
dará calor y vida para tu carne yerta,
y con sus dedos frágiles de marfil y de rosa
desflorará tus ojos sonámbulos de muerta!

RESIGNACION

(Versión de Manuel Machado)

Siendo muy niño
soñaba yo en
Ko-Hinnor, sun-
tuosidad persa y
papal, Heliogába-
lo y Sardanápalo.

Mi deseo creaba
bajo dorados te-
chos, entre perfu-
mes y al son de
músicas delicio-
sas, harenes sin
fin, líricos paraí-
sos.

Hoy más tran-
quilo y no menos
ardiente, pero co-
nociendo cómo en

la vida es preciso
abdicar, he tenido
que refrenar mi
bella locura, sin
resignarme dema-
siado, sin embar-
go.

¡Sea! Lo gran-
dioso escapa a mi
diente; mas odio
lo vulgar, y las
heces, y amo siem-
pre la mujer boni-
ta, la rima aso-
nante y el amigo
prudente.

PAUL VERLAINE.

MEDALLON

(Calderón de la Barca)

Mordió el buril un disco metálico y fulgente
y fué grabando, en fina laminación, tu busto,
que al fin cobró un aspecto sacerdotal y augusto,
con túnica en los hombros y lauros en la frente.

El ojo imperativo y el labio sonriente
desta:ran su energía sobre el perfil robusto;
y alrededor, con letras de complicado gusto,
tu nombre va enroscando su nido de serpiente.

La efígie reconoce quien apreció tu imperio.
En el reverso vibran, en elocuente escena,
dos maños sarmentosas que pulsan un salterio;

y, en las evocaciones de aquella Edad de Oro,
cuando, en áureo círculo, el medallón resuena,
parece que palpita tu espíritu sonoro.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Apolo

(Versión de M. R. Blanco Belmonte)

✻✻✻
✻✻✻ M ✻✻✻ ÉDICO de los cuerpos, Apolo se
✻✻✻ convierte muy pronto en médico
de las almas, a las cuales sosiega y reconcilia. Viéndolo todo, como el sol, lo comprende todo y lo excusa todo. Su pupila resplandeciente penetra en los corazones y discierne la intención de la falta. No hay conciencia abrumada a la cual no alivie, no hay impureza que no lave: la sangre vertida se evapora ante su fuego celestial. En su pontificado de Delfos brinda, aun a los mayores delinquentes, tesoros inagotables de indulgencias plenarias y de expiaciones eficaces. Los homicidas involuntarios o fatalmente empujados al crimen, los que no esperan obtener perdón, los excomulgados por la ley y por la ciudad acuden, ensangrentados y mancillados, a su templo misericordioso. Se sumergen en las frescas piscinas que alimentan las límpidas aguas de la fontana Castalia; se fumigan con vapores de azufre y de incienso; inmolan un cerdo, el animal inmundo, como para castigar así al impuro demonio que los poseía. Y, una vez cumplidos estos ritos, sus pecados se borran, la inocencia vuelve a sus almas: ante el aliento absolutorio de Dios, ha huido de ellos el espíritu del mal.

PAUL DE SAINT-VÍCTOR.



Optimismo

TU copa aleja de mis labios. Mira
que el vino de tu copa me envenena,
y mi sediento corazón delira
bajo el tétrico influjo de tu pena.

Pelea tu existir. Ama y aspira.
Sufre y ama otra vez. Tal la faena.
No es la gloria ilusión, la fe mentira,
ni mentira el amor. ¡La vida es buena!

¿Qué hondo y prematuro desconsuelo
atravesas tu ánima sombría
como punzante ráfaga de hielo?

Soñar es combatir: sueña y confía.
Bajo el azul pacífico del cielo
todo humano dolor es poesía.

* * *

¡Pobre alma sin amor! Tu pena ruda
no tiene con mi pena semejanza.
Resplandece en la mía la esperanza,
la tuya se ennegrece con la duda.

¿Ves el ave y el nido en la desnuda
rama del árbol que a morir avanza?
¿No te sorprenden en estrecha alianza
la primavera y la estación sañuda?

¡Vive tu juventud! Despierta al ruido
del verbo de la acción. Cede al encanto
de triunfar sobre el odio y el olvido.

¿Qué estímulo mayor a tu quebranto?
¡Sobre la débil rama el blando nido!
¡Y sobre el nido la piedad del canto!

ANDRÉS MATA.

CONSUL ROMANO

Hay muy pocas poesías, aun contando las de	(TRADUCCION DE E. MARQUINA)	Estas cinco sílabas herían sus timpanos con vi-
--	-----------------------------	---

Byron, Coleridge y Shelley, que sobrepujan en magnificencia extraña y grandiosa los sueños de Quincey. A las más resplandecientes visiones que iluminan con resplandores azules y argentinos, Elíseos y paraísos, suceden otras sombrías como el Erebo y a las cuales pueden aplicarse estos versos espantosos del poeta: *Era como si un gran pintor hubiera mojado sus pinceles en la negrura del temblor de tierra y del eclipse.*

De Quincey, que era humanista de los más distinguidos y de los más precoces—sabía el griego y el latín a los diez años—se había deleitado siempre en la lectura de Tito Livio y las palabras *Cónsul romano* resonaban en su oído como una fórmula mágica y perentoriamente irresistible.

braciones de trompetas sonando fanfarrias triunfales, y cuando en sus sueños, multitudes de enemigos luchaban en un campo de batalla iluminado por un resplandor lívido, con estertores y movimientos sordos, parecidos al lejano ruido de las grandes aguas, de repente una voz misteriosa pronunciaba estas palabras que lo aquietaban y lo dominaban todo: *Consul romanus*. Hacíase un gran silencio, oprimido de ansiosa expectación, y aparecía el Cónsul, montado en un caballo blanco, en medio del inmenso hormiguear de todos, como el Marius de la *Batalla de los cimbrios* por Decamps, y, con un gesto fatídico, decidía la victoria.

THEOPHILE GAUTIER.

Mi vida es un recuerdo

Quando la conocí me amé a mí mismo.
Fué la que tuvo mi mejor lirismo,
la que encendió mi obscura adolescencia,
la que mis ojos levantó hacia el cielo.

Me humedeció su amor que era una esencia,
doblé mi corazón como un pañuelo
y después le eché llave a mi existencia.

Y por eso perfuma el alma mía
con lejana y diluida poesía.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ Derechos reservados



El lugar secreto

(Versión de Silvio Lzgo)

Tus pies son más breves y rosados que los de Thetis argentina. Cuando cruzas los brazos y acuestas en ellos tus senos, parecen dos palomas dormidas en la nieve.

Y aunque el rubor haga caer sobre la cara el cabello para ocultar los ojos semicerrados, la boca temblorosa y las flores rojas de tus lóbulos, no podrás evitar mi mirada ni el sople cálido de mis besos.

Porque yo sé ¡oh Mnasi-dika muy amada! que te avergüenza entrar al lugar secreto, donde habla el viejo Homero y las náyades tejen la púrpura.

El lugar secreto donde corren las fuentes inagotables y donde hay dos puertas: la del Norte, que se cierra detrás de los hombres; la del Sur, que abre el camino de la Inmortalidad.

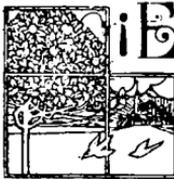
PIERRE LOUYS.





Mas cuando oyéreis de guerras y de romp- res de guerras no os turbéis, porque conviene hacerse así; y as aún no será el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá terremotos en muchos lugares; principios de dolores serán estos..... Porque aquellos días serán de aflicción, cual nunca fué desde el principio de la creación que crió Dios, hasta este tiempo, ni será..... Y entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con mucha potestad y gloria Así también vosotros, cuando viéreis estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.....El cielo y la tierra pasarán; mas mis palabras no pasarán. Empero de aquel día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Mirad, velad y orad: porque no sabéis cuando será el tiempo.....Porque no sabéis cuando el señor de la casa vendrá: si a la tarde o a la media noche, o al canto del gallo, o a la mañana..... Y las cosas que a vosotros digo, a todos las digo: Velad.

El sermón profético, Marcos 13: 7, 8, 19, 29
31-37.



EL Señor Jesucristo! ... Este será el grito, universal, unánime, de polo a polo, de pueblo a pueblo, de confín a confín.

Tú vienes, oh Señor, Tú el Rey. Se abrirá la nube, descenderás; pondrás tus blancos pies sobre nuestros campos rojos, sobre nuestras negras ruinas, sobre nuestro lodo de sangre y cenizas; tus manos taumaturgas sobre la peste de nuestros corazones comidos de furias y egoísmos. ¿Cuándo, Señor?... *No lo saben los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre; mas, velad.* Tú lo has dicho.

Si, Señor: velaremos, y oraremos, aun por nuestros hermanos enfermos que se cazan y asesinan: si ellos no, nosotros sí velaremos; y Tú vendrás, Tú volverás, porque Tú nos amas y nosotros te amamos.

¿Cómo decir el llanto, cómo evocar el viento de suspiros dulcísimos que por Ti suspirará toda la tierra, sobrecogida de súbito arrepentimiento cuando Tú vuelvas Espantoso y Puro? ¡Oh Señor Jesús, oh Señor nuestro: todo era mentira sin Ti: sin Ti enloquecemos, pereceremos sin Ti; sólo Tú puedes salvarnos: vuelve; danos tu paz!

Danos tu paz. La misma de los cielos serenos e ilimites que Tú hiciste. En ellos, ¡cuántos mundos que Tú formaste! Todos tranquilos, ruedan en paz. Nuestras almas los contemplan con amor que mucho tiene de nostalgias y lágrimas... ¿Por qué ésto, Señor? ¡Cuánta calma viene a nuestros corazones, negros de rencores y crímenes, cuánta calma descende de sus amplias esferas, que Tú determinaste! ¿Por qué así, Señor? ¡Oh, Tú lo sabes, Tú que ya eras desde antes del principio: una misma es la Ley, Tú la hiciste: uno mismo el divino movimiento allá arriba en lo profundo y aquí dentro en lo profundo! Uno mismo el eterno movimiento en pos de Ti allá arriba en lo venturoso y aquí abajo en lo triste.

¡Oh Señor Jesucristo, perdónanos! Tornamos a negarte, sin el llanto de Pedro; perseguíste de nuevo, sin la sincera furia de Pablo. ¡Perdónanos, Señor, oh Señor Jesucristo! Nuevamente te escarnecemos, te escupimos y te befamos, a Ti el manso; nuevamente nos envilecemos y pecamos ante Ti, el puro. ¡Perdónanos! ¡Sálvanos!

¡Sálvanos! Satán impera; míralo: azuza huracanes de fuego, tempestades de espanto de muerte; derrumba ciudades, derrumba corazones; siembra de muertos los campos; despeña torrentes de sangre; aplasta y ahoga a los libres. ¡Somos Caín! ¡Somos Caín! ¡Sálvanos, Señor! ...Tú vienes.

Tú vienes, y Tú vencerás. Lloran las madres, lloran los padres, lloran las hijas, llora la hermana al hermano: llora el débil: llora el humilde; el niño llora al viejo; el viejo al niño; la virgen yace en el polvo. mancilla es sobre ella, y en vano llama a su muerto mancebo escogido; lamenta el amigo al amigo; el hogar ya no existe, el nido ya no es: llora todo el amor del mundo. ¡Señor, ven!

¡Ven, Señor! Ya estás a las puertas. Ven, llora el mar que te ama mejor y mejor te comprende, el primogénito de tus manos ya de lo antiguo. Ese sabe; ese te ve, porque es puro. Ven ya, Jesús: te esperamos los tristes, que Tú amas. Ven y júzganos: ¡ya están *de pie los muertos!*

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Diciembre, 1915.



* TRÍPOLI * (Versión de Carlos de Battie)

...Y, fantasmagoría de las despedidas, Trípoli, para despedirnos, se había hermoñado.

A ras de las olas, luminosa y blanca, se había convertido en la ciudad del espejismo, la ciudad

Suspiro

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitir de un ave en la agonía.

¡ Sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languides de lirio,
de palpitir de ave,

se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; más, en voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire se volvió suspiro.

LUIS G. URBINA

turca que habíamos soñado encontrar al salir de Francia, y cuya primera impresión, el primer día, nos había causado una decepción cruel...

A lo lejos se alzaban sus ocho almenares verdes, sus cúpulas y sus koubas se perfilaban y recortaban con nitidez en la azulada transparencia del cielo, la masa altiva de palacios de bajá que la flanquea al

norte, y después de la mole de barrios de roca chorreantes de espuma, los últimos muros del recinto y sus siluetas ruinosas; los faluchos de los pescadores de esponjas amontonados a lo largo del muelle y a la sombra de las murallas... Y todos esos detalles, y todas esas tonalidades, y todas esas formas parecían inmovilizadas, heladas en una atmósfera en la que centelleaba el azul de la mar y el dorado vaho de las arenas.

Trípoli, la ciudad de las olas; Trípoli, la ciudad de las palmas... Decorado grandioso y tranquilo en el que se identificaban para mí tantos minutos exquisitos y de especial sabor por el cuadro y por la luz, y hasta diré por el olor del país...

Treinta años

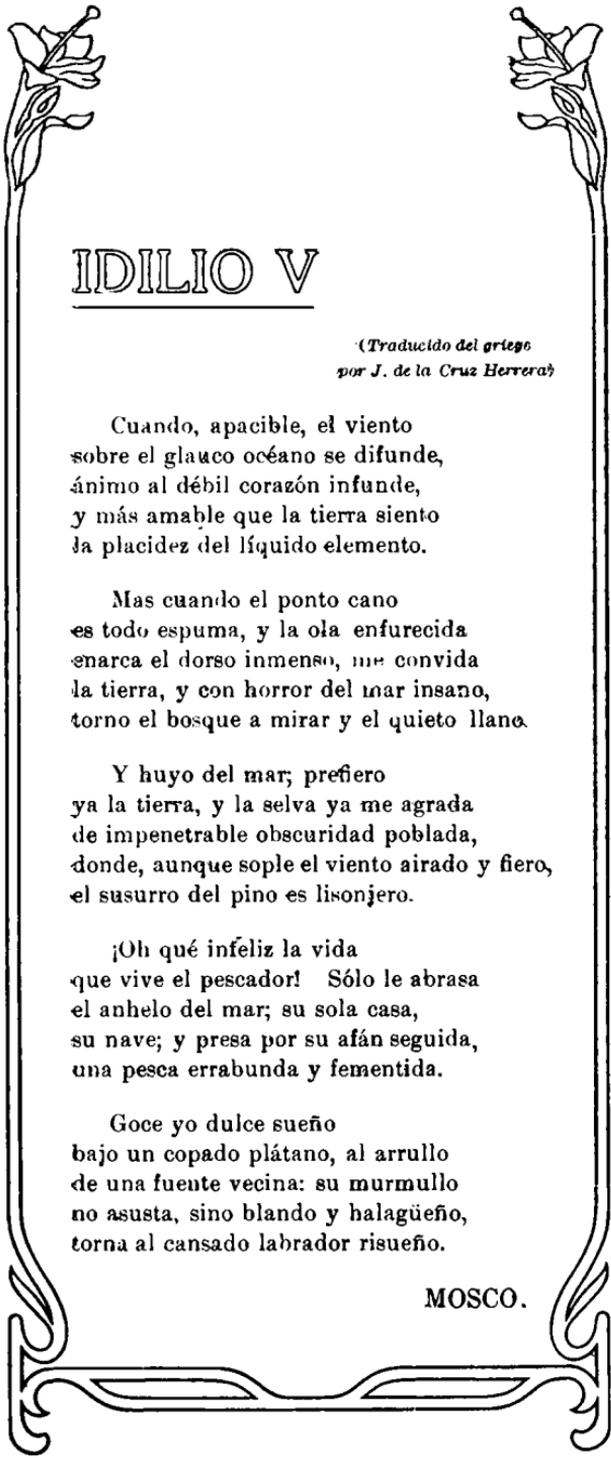
Como amontona la hojarasca un río
hacíe en un montón mis desengaños
y desde lo alto de mis treinta años
miro hacia el porvenir y lo hallo mfo.

Amé las frentes pálidas, los rojos
labios que para el beso se formaron
y mis castillos de ilusión se alzaron
siempre bajo la gloria de dos ojos.

Hice de cada pena un estandarte,
de todos mis amores un baluarte,
una canción de cada pensamiento.

y con galante mano distraída
esparcí los treinta años de mi vida
como las hojas de una flor al viento.

RICARDO MIBÓ.



IDILIO V

(Traducido del griego
por J. de la Cruz Herrera)

Cuando, apacible, el viento
sobre el glauco océano se difunde,
ánimo al débil corazón infunde,
y más amable que la tierra siento
la placidez del líquido elemento.

Mas cuando el ponto cano
es todo espuma, y la ola enfurecida
enarca el dorso inmenso, me convida
la tierra, y con horror del mar insano,
torno el bosque a mirar y el quieto llano.

Y huyo del mar; prefiero
ya la tierra, y la selva ya me agrada
de impenetrable obscuridad poblada,
donde, aunque sople el viento airado y fiero,
el susurro del pino es lisonjero.

¡Oh qué infeliz la vida
que vive el pescador! Sólo le abrasa
el anhelo del mar; su sola casa,
su nave; y presa por su afán seguida,
una pesca errabunda y fementida.

Goce yo dulce sueño
bajo un copado plátano, al arrullo
de una fuente vecina: su murmullo
no asusta, sino blando y halagüeño,
torna al cansado labrador risueño.

MOSCO.

EL RAPTO

Página de

Leonor-
cica Mo-
reira era
la más lin-
da mozue-
la de La
Antigua.
¡Jamás mi-
raran mis
ojos otra
criatura
tan bella!
El Licen-
ciado Car-
los San-
tiste ban,
honra del
foro nacio-
nal, iba

Viajar

Viajar es renovarse, renovarse es vivir....
Que el viajero tal como partió volver no espere.
En el que hace un gran viaje hay un hombre que muere;
por eso, aunque muy dulce, siempre es triste partir.

Mas partir para aquel que huye de sí mismo,
para el que quiere ser mejor y no lo alcanza,
y para el que se busca, es salvar un abismo,
unificar su *yo* disperso en la esperanza.

Los que se aman su amor acrecen en los viajes.
Nacen sus almas nuevas de comunes anhelos,
de soñar al unisono, de ver los mismos cielos,
de emociones iguales, de idénticos paisajes.

Para dos que se aman, viajar es, pues, llegar
en la unión de las almas al más perfecto grado:
es tocar su canción en un mismo teclado
y hacer más vasta y múltiple la dulzura de amar.

MANUEL GÁLVEZ.

tras sus pasos, loco de amor... Después de un ase-
dio tenacísimo, obtúvola en matrimonio, a pesar de
que, en la calle, frente a los balcones de la hermo-
sa, resonaron, con asidua constancia, las espuelas
de oro y el espadín de don Humberto. Este, que
acabara de enviudar, era entonces un mozo guapí-
simo, tal como está en el retrato del salón. El
acostumbraba retratarse luciendo los antiguos tra-
jes pintorescos de los caballeros; y aun los usaba,
en ocasiones, despreocupadamente, en la vida nor-
mal... Todos pensaban en la gallarda pareja que
Leonor y él formarían. Pero es el caso que el otro,
en una diamantina mañana, se casó en La Merced
con aquella preciosa muchacha, que aun no conta-
ba catorce años...

...La víspera del matrimonio, poco después de
las once de la noche, algunos vecinos vieron a mi se-
ñor recostado en uno de los balcones de la casa de
Leonorcica. Parecía muy triste, todo él envuelto
en la negra capa. Aunque alguien me aseguró que
las maderas de la ventana no estuvieron del todo
cerradas y que el taciturno caballero gozó de grata
compañía. A la siguiente mañana, durante la so-
lemne ceremonia nupcial, él encontrábase de pie,
inmóvil cerca del primer altar. La iglesia contenía

Derechos reservados

DE LEONOR

EL VAMPIRO

So inanimado

No blasfemo, Señor. Es que no advierte
mi mente cierta luz en tus arcanos....
¿Por qué el dolor nuestro placer pervierte
y somos desgraciados los humanos?

Después de darnos la insegura suerte
hoscas angustias y deleites vanos,
caemos al abismo de la muerte
y nos comen los lívidos gusanos.

¿De tu esencia no está todo impregnado?
Ah, Señor, nuestro pecho dolorido
más prefiriera ser, de lo que has creado,

roca inmóvil o gota de una fuente;
átomo entre los átomos perdido
de la obscura materia que no siente.

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA.

a la más brillante sociedad anti-güeña, y muchas sonrosadas caras juveniles volvíanse hacia don Humberto, con expresión de irónica piedad. El continuaba impasible, mi-

rando altivamente a los hombres y atusándose los negros bigotes. La ceremonia terminó, y comenzó el desfile hacia la residencia de la novia. Leonor iba pálida como la muerte, y su velo semejava un sudario. Todos los ojos buscaban a su desventurado rondador; pero éste había desaparecido....

....La numerosa comitiva avanzó por la calle entre una compacta muchedumbre. De las puertas y balcones arrojaban flores a los desposados....

....Ya se veía el portón de la casa nupcial lleno de gajos de rosas y de ramas de azahares, cuando un formidable estruendo dejóse oír de pronto, y apareció en la esquina cercana al antiguo templo de Santa Clara una numerosa cabalgata, a cuya cabeza, rigiendo un indómito potro negro, y luciendo un magnífico traje, avanzaba don Humberto de Mendoza.

Eran cincuenta caballeros con antifaces de terciopelo azul y con las espadas desnudas en la diestra. Sólo el jefe tenía el acero en la vaina y el rostro descubierto.

El grupo paróse en medio de la calle. Todos los jinetes echaron pie a tierra. Hízose un profundo silencio.

Entonces don Humberto avanzó tres pasos marcialmente y exclamó con su fuerte voz vibrante:

—Licenciado Santisteban: esta dama que habéis llevado al altar — oídlo bien — jamás será vuestra. Me quiere desde que aun estaba en la infancia, y si ha podido aceptar vuestra mano fué, únicamente por la presión despótica de su familia. Es mía, y me la llevo... ¿No es así, Leonor?

La joven, casi desmayada en los brazos de una amiga, movió la gentil cabeza, afirmativamente.

Carlos Santisteban se interpuso, lívido de rabia, entre su esposa y mi señor, deshojando una ancha daga toledana que sacó de su cinturón. Pero don Humberto saltó sobre él con la agilidad de un tigre, y dándole un rápido puñetazo en la frente, le hizo rodar sobre las piedras.

Los cincuenta hombres volvieron a montar y dispersaron a cintarazos a la multitud, mientras su jefe, sin perder un segundo, colocaba sobre su corcel a Leonor. En el instante en que partía, el novio, vuelto en sí del violento golpe, le intimó desesperadamente con estas duras palabras:

—¡Cobarde! Tu hazaña es de matón y no de hidalgo. ¡Con la espada y no con el puño plebeyo quisiera verte en frente de mí!

El raptor, al oírlo, detuvo, con un portentoso esfuerzo de su brazo derecho, el alto corcel encabritado, que al cambiar de rumbo paróse, en un ímpetu soberbio, sobre las temblorosas patas traseras.

Y en esta épica postura de centauro, que hizo temblar de admiración y pavoroso asombro a los espectadores, contestó:

—Santisteban, juro por mi alma que te daré la satisfacción que deseas. ¡Vé, pues, preparando tu testamento, porque también te juro que morirás a mis manos!

Y después de pronunciar, con metálico acento, tan arrogantes palabras, hizo girar, con un hábil golpe de rienda, su caballo, que, arrancando chispas del empedrado con sus férreos cascos, se lanzó ciegamente en una carrera alucinante.

Los cincuenta enmascarados partieron, con la fantástica velocidad del relámpago, tras de su jefe. Y los antigüenos vieron, como en un vértigo febril, pasar la estruendosa cabalgata como un huracán, dejándoles la impresión quimérica de un torbellino oscuro volando en pos de una falda blanca...

El viento arrebató el velo de la novia, que después de revolar a gran altura sobre los tejados, fué a prenderse en la cruz de hierro de la torre de La Merced. Allí estuvo durante mucho tiempo, hasta que, en una tenebrosa noche de borrasca, un rayo, que no hizo daño alguno a la iglesia, lo convirtió en cenizas.

FROYLÁN TURCIOS.



ESTABA un día en Coventry, esperando el tren. En medio el puente, entre lacayos y mozos de cordel, me distraía contemplando las tres altas agujas; y la antigua leyenda ciudadana allí se me ocurrió forjar así:

No tan sólo nosotros, la postrera generación del Tiempo, nuevos hombres, que en una pestañeada, despreciamos el pasado; no tan sólo nosotros, que nos vanagloriamos de derechos y de deberes, hemos tiernamente amado al pueblo y detestado verle gimiendo recargado de tributos. Hizo más, y sufrió y salió triunfante aquella que vivió hace mil veranos: Godiva, esposa del siniestro Conde que la ciudad de Coventry rigió. Porque cuando él impuso a su ciudad un tributo, y las madres, con sus hijos en brazos, por las calles sollozaban: *¡Si pagamos, de hambre perecemos!*, ella buscó a su señor, y hallóle recorriendo a zancadas el salón, entre sus perros, solo, con su barba de un pie, sobre su pecho, y su cabello de una vara, en la espalda. Ella le habló de las lágrimas de ellos y rogóle:

Derechos reservados

—*Si pagan el tributo, mueren de hambre.*
A lo cual, semi-atónito él, mirándola fijamente, la dijo: —*¿Sufriríais por ESAS GENTES que os doliese el dedo meñique?— Y en morir consentiría—* contestóle ella. El se echó a reír mofándose, y juró por Pedro y Pablo. Luego a su arete dió un capirotazo diciendo: —*¡Vaya, vaya! ¡Son palabras. ¡Ay de mí!—* repuso ella—*mas, probadme que es lo que por ellos yo no haría.*
Y con un corazón áspero como la mano de Esaú, respondió él: —*Desnuda cabalgad por la ciudad y aboliré el tributo* Y saludando con desdenoso gesto, se alejó dando largas zancadas con sus perros.

Así que estuvo sola, las pasiones de su espíritu al modo de los vientos que recorren la brújula, variables, lucharon entre sí durante una hora, hasta que, al fin, triunfó la compasión. Ella mandó a las calles un heraldo para que, a són de trompa, pregonase toda la dura condición, mediante la cual libertaría ella a su pueblo; y como todos la querían bien, desde ese instante hasta la media noche ningún pie pisaría calle alguna. Ni miraría ojo al pasar ella sino que todos dentro de sus casas, con las puertas cerradas, quedaríanse y afianzando con barras las ventanas. Luego, a su camarín más escondido huyó, y allí las abrochadas águilas —regio presente del terrible Conde del rico cinturón, desabrochó. Pero, no obstante, el tiempo de un suspiro, quedó suspensa como la estival luna en fugaces nubes semi-envuelta. Sacudió al punto la gentil cabeza y en cascada llovió hasta las rodillas los bucles de su riza caballera; aprisa desnudóse; a hurtadillas aventuróse por la escalinata, y, cual sutil rayo de sol se filtra, ágil se deslizó de grada en grada hasta la puerta. Allí su palafrén

encontró enjaezado, con gualdrapa
blasonada de púrpura y de oro.
De castidad vestida, partió entonces.
El ambiente profundo en torno de ella
la oía cabalgar con mil oídos;
la brisa tenue respiraba apenas
de pavor. Las horribles cabecitas
de abiertas fauces que itay sobre las gárgolas
la miraban con ojos maliciosos;
los canes ladrones encendían
sus mejillas; los cascos resonantes
del palafrén su pulso aceleraban
con terror; llenos eran de hendeduras
y de huecos los muros tenebrosos
y, en lo alto, se inclinaban apiñándose,
a atisbarla fantásticos aleros.
Mas ella no se acobardó por eso,
y avanzando siguió a pesar de todo
hasta que, al fin, brillar vió en la pradera
las albas flores de los viejos saucos
de la muralla entre los arcos góticos.
De castidad vestida, volvió entonces,
y un villano ruín, vil amasijo
de ingrata tierra, execración eterna
de los futuros siglos, receloso,
abrió un hueco en el muro y atisbó;
pero sus ojos, antes que cumpliesen
su deseo, marchitos se apagaron
y, rodando, cayeron a sus pies.

Tal los Poderes que los nobles hechos,
vigilan, destruyeron un sentido
mal empleado; y ella, que de nada
se dió cuenta, pasó, y a un tiempo mi-mo
sonaron en cien torres, martilleantes
y retumbantes doce campanadas,
lentas, la impudorosa medianoche.
Ella, entretanto, huyó a su camarín
a esconderse. Y de allí volvió a salir
vestida y coronada y fuése en busca
de su señor y retiró el tributo
y se forjó renombre inmarcesible.

ALFREDO TENNYSON.



Proteo



Forma del mar, numen del mar, de cuyo seno inquieto sacó la antigüedad fecunda generación de mitos, Proteo era quien guardaba los rebaños de focas de Poseidón. En la *Odisea* y en las *Geórgicas* se canta de su ancianidad venerable, de su paso sobre la onda en raudo coche marino. Como todas las divinidades de las Aguas, tenía el don profético y el conocimiento cabal de lo presente y de lo pasado. Pero era avaro de su saber, esquiva a las consultas, y para eludir la curiosidad de los hombres apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas. Por esta facultad se caracterizó en la fábula, y ella determina, en la clave de lo legendario, su significado ideal.

Cuando el Menelao homérico quiere saber por él el rumbo que deberá imprimir a sus naves; cuando el Aristeo de Virgilio va a pedirle el secreto del mal que consume a sus abejas, Proteo recurre a la poderosa virtud con que desorientaba a aquellos que la sorprendían. Ya se trocaba en fiero león, ya en ondulante y escamosa serpiente; ya, convertido en fuego, se alzaba como trémula llama; ahora era el árbol que levanta hasta la vecindad del cielo su cerviz, ahora el arroyo que suelta en rápida corriente sus ondas. Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinidad de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna. Y por esta plasticidad infinita, siendo divinidad del mar, personificaba uno de los aspectos del mar: era la ola multiforme, huraña, incapaz de concreción ni reposo; la ola, que ya se rebela, ya acaricia; que unas veces arrulla, otras atruena; que tiene todas las volubilidades del impulso, todas las vaguedades del color, todas las modulaciones del sonido; que nunca sube ni cae de un modo igual, y que tomando y devolviendo al piélago el líquido que acopia, impone a la igualdad inerte la figura, el movimiento y el cambio.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Derechos reservados

El constructor

Solnes.—Usted sabe, yo empecé por edificar iglesias.

Hilda.—Sí, lo sé.

Solnes.—Y puedo decirle que yo construía estas pequeñas y pobres iglesias con una veneración tan profunda, que me parecía que Él podría estar contento de mí.

Hilda.—¿Quién es Él?

Solnes.—Pues, Aquél, para quien han sido construidas; Aquél, en cuyo nombre y gloria se edifican los templos.

Hilda.—¿Y ahora usted no está ya seguro de que Él quedó contento de su obra?

Solnes (con amargura).—No. Él exigía que yo sirviese únicamente a Él. Yo debería ser constructor y nada más. Toda mi vida debería construir para Él.

Hilda.—¿Y qué hizo usted?

Solnes.—Hice lo imposible. Una vez le dije:—Todopoderoso, escúchame: yo quiero ser un constructor libre, tan libre en mi género como Tú en el Tuyo. No quiero edificar más templos para Ti, sino construir casas para los hombres.

E. IBSEN.

TIERRA DE LIBERTAD



El camino de las lágrimas

Citándonos después de obscura ausencia,
tu alma se derretía en largo lloro,
a causa de quién sabe qué tesoro
perdido para siempre en tu existencia.

Junto a los surtidores, la presencia
semidormida de la tarde de oro,
decláste lo mucho que te adoro
y cómo era de sorda mi dolencia.

Pesando nuestra angustia y tu reproche,
toda mi alma se pobló de noche....
Y al estrecharte murmurando aquellas
remembranzas de dicha a que me amparo
hallé un sendero matinal de estrellas
en tu falda ilusión de rosa claro.

JULIO HERRERA REISSIG.

Una extraña pre-
destinación parece
reservar al Nuevo
Mundo la gloria de
futuros inéditos. Lo
anuncia un poeta
en la serenidad de
las noches áticas;
es la Atlántida de
Platón. Lo adivina
un visionario en la
loca certidumbre de
sus carabelas. Allí
comienza, como en
la profecía virgilia-
na, un nuevo orden
de siglos. Atrás, en

el pasado brumoso, quedan las castas irreductibles y los tronos macizos. La América es tierra de libertad, el ensayo final de un planeta fatigado que aspira a redimirse de sus primeras creaciones. Todas las razas se congregan para realizar en el Continente el milagro esperado. Nuevas estrellas violan el misterio de las selvas confusas, y en la tierra amorosa centuplican su virtud generadora de antiguos gérmenes. Se suceden en este mundo absorto rutilantes epopeyas, desde la odisea de una raza hidalga hasta la guerra a muerte por la libertad. A orillas del Plata heráldico, Buénos Aires tentacular. Montevideo reformadora; en la rumorosa majestad del Trópico, Río de Janeiro dominadora, anuncian por su imponente avance la futura grandeza de las naciones fraternales: sobre lentas crisálidas adivinamos ya el dorado vuelo de alas audaces. Crece el capital de gloria humana; la romántica locura, el desinterés, la anarquía viril, que es la embriaguez de la libertad, la ambición de dominar el aire, de violar con rieles audaces el flanco de las cordilleras, todas las formas del heroísmo vesánico florecen en esta América desmesurada y pródiga. Quizás está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus amplias mesetas nazca, hijo del Sol, como en la leyenda de los Incas imperiales, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, avasallador y solitario, el Superhombre.

Constancia (Del árabe)

(Versión de El Gráfico)



DJAMA, el adolescente bronceado que a través del desierto conduce las largas caravanas, vaga descuidado por el jardín donde revolotean mil mariposas enormes como alas de ángel.

Zoraida, la bayadera, persigue obstinadamente al hermoso mancebo, y su seno se levanta, brillan sus ojos, y su pie, impaciente, golpea nerviosamente la tierra.

Al oírlo, Djama vuelve hacia la bayadera el enojado rostro. Acelera el paso y huye. Zoraida, en tanto, se lanza tras él y salta y corre como una gacela.

Djama ha ido a la fuente y allí baña su cuerpo, su bello cuerpo bronceado a manera de oro precioso. Y al mirar el agua, advierte su imagen y al lado otra, la de Zoraida que lo ha seguido. Entonces siente inflamarse en su pecho la cólera y levanta el puño y se lo enseña airado a la hija del arroyo, mientras ésta sacude sus cabellos y hace temblar en sus orejas los pesados zarcillos de plata.

Djama ha ido a dormir bajo su tienda, sobre rudo cojín de pelos de camello, y cierra los ojos y sueña con Mahoma, cuando profundo suspiro, exhalado muy cerca, le hace apartar las pestañas. Zoraida, de rodillas, mirábalo soñar en toda la belleza de su lánguida actitud. El mozo se ha incorporado y ha arrojado a la intrusa que, como enojosa mosca, va a posarse sobre todo.

Las manos de la Amada

Las manos de la Amada
tienen toda energía aprisionada.

¿No sabéis de las mozas campesinas
cuando, al cuidado de la casa atentas,
echan grano en el suelo y, parlanchinas,
llaman a los polluelos y gallinas
y viéndoles picar están contentas?

Ríe junto al hogar la madre anciana,
derrama por el suelo
su floreciente carne el pequeñuelo;
canta en la lejanía una campana,
vuelve el viejo del campo y, rodeado
de tanta paz, se encuentra bien hallado...

Las manos de la Amada
tienen aprisionada
esta paz, esta calma, esta hora bella:
dijérais que se extienden generosas
a ordenar y nutrir todas las cosas
y que están todas al cuidado de ella.

EDUARDO MARQUINA.

Y ya sea que esté en reposo, a la fresca sombra, cae las fuentes, o en oración, o que permanezca solitario en su tienda a la vera del desierto, como lo ordena el rito del buen guía. Zoraida, la bayadera, está allí, fiel como su sombra. Espera. Y cuando parten las caravanas, las lentas procesiones a través de la inmensa llanura blanda, Zoraida le dice con misterio a Djama, que la oye enojado:

«Puedes huir de mí. Puedes ir del Yemen al Eufrates y del Nejd al Dahna. Y, sin embargo, volverás, porque te espero, y porque mí espera encadena con llamas tu corazón »

Y Djama ha vuelto siempre, porque en los países lejanos, a la sombra de las montañas azules, sobre las fértiles llanuras, en el hálito del viento, en la queja de los bosques y en los gritos de las bestias feroces de la noche, busca algo: a Zoraida, la bayadera, cuyo paciente amor lo ha envuelto como una liana y lo abrasa, a pesar de todo, a pesar de su voluntad y de su indiferencia.

SEMOÛL ALÍ.

A la que va conmigo

Iremos por la vida como dos pajarillos que van en pos de rubias espigas, y hablaremos de sutiles encantos y de goces supremos con ingenuas palabras y diálogos sencillos.

Cambiaremos sonrisas con la hermana violeta que atisba tras la verde y obscura celosía, y aplaudiremos ambos la célica armonía del amigo sinsonte que es músico y poeta.

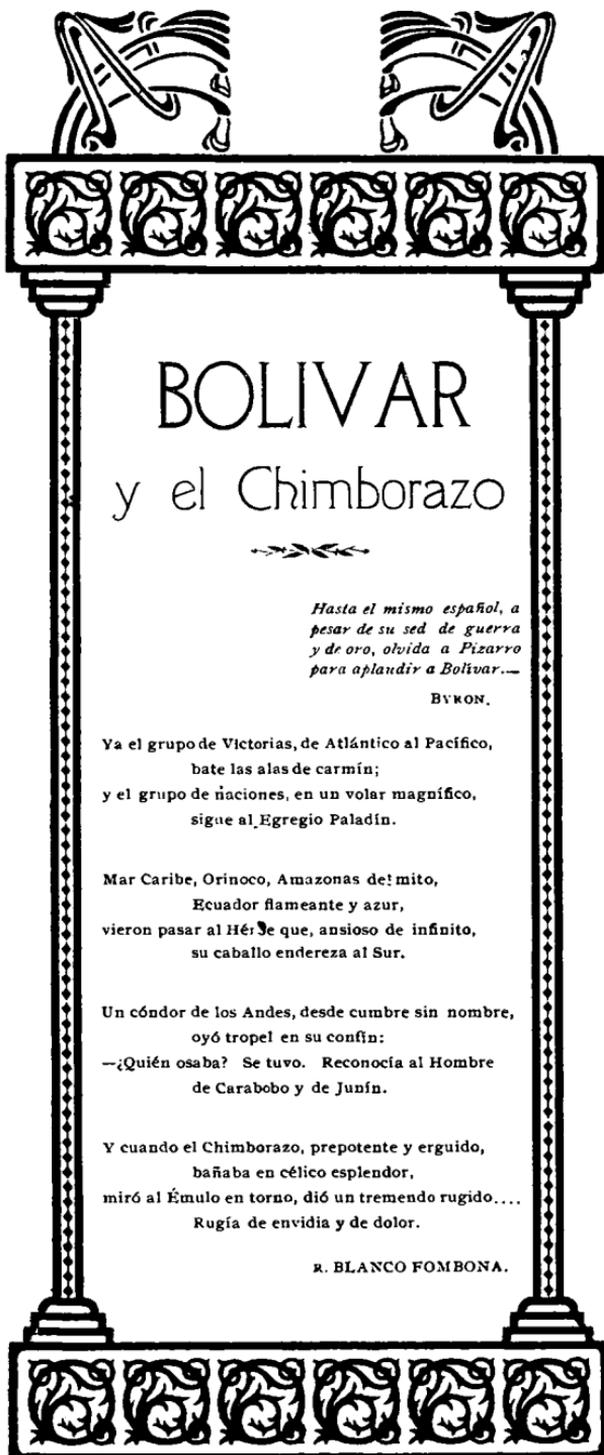
Daremos a las nubes que circundan los flancos de las altas montañas, nuestro saludo atento, y veremos cuál corren al impulso del viento como un tropel medroso de corderillos blancos.

Oiremos cómo el bosque se puebla de rumores, de misteriosos cantos y de voces extrañas; y veremos cuál tejen las pacientes arañas sus telas impalpables con los siete colores.

Iremos por la vida confundidos en ella, sin nada que conturbe la silenciosa calma, y el alma de las cosas será nuestra propia alma y nuestro propio salmo el salmo de la estrella

Y un día, cuando el ojo penetrante e inquieto sepa mirar muy hondo, y el anhelante oído sepa escuchar las voces de lo desconocido, se abrirá a nuestras almas el profundo secreto.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Derechos reservados



BOLIVAR

y el Chimborazo

*Hasta el mismo español, a
pesar de su sed de guerra
y de oro, olvida a Pizarro
para aplaudir a Bolívar...—*

BVKON.

Ya el grupo de Victorias, de Atlántico al Pacífico,
bate las alas de carmín;
y el grupo de naciones, en un volar magnífico,
sigue al Egregio Paladín.

Mar Caribe, Orinoco, Amazonas de! mito,
Ecuador flameante y azur,
vieron pasar al Héroe que, ansioso de infinito,
su caballo endereza al Sur.

Un cóndor de los Andes, desde cumbre sin nombre,
oyó tropel en su confin:
—¿Quién osaba? Se tuvo. Reconocía al Hombre
de Carabobo y de Junín.

Y cuando el Chimborazo, prepotente y erguido,
bañaba en célico esplendor,
miró al Émulo en torno, dió un tremendo rugido...
Rugía de envidia y de dolor.

R. BLANCO FOMBONA.

Fragmentos de un poema

Llegó después la dulce adolescencia
con sus quimeras de inmortal fragancia,
y le dí un vago adiós a la inocencia,
y apuré el vino que el amor escancia.

Fué entonces cuándo conocí el ensueño
y desaté mi pájaro argentino:
un armonioso ruiseñor de sueño
de alas de azur y luminoso trino.

Era en el verde campo florecido,
pleno de luz, de brisas y de aromas:
en cada copa del pinar un nido
y en cada nido un vuelo de palomas.

Respirábase un hálito de amores
en el aire de pólen constelado:
me daban su matiz todas las flores
y agreste lecho el silencioso prado.

¡Oh fúlgidas mañanas diamantinas,
esmeraldas y rosas del Oriente,
encajes de las trémulas neblinas,
claridad perfumada del ambiente!

¡Oh tardes de violeta y de amaranto
cayendo sobre el íntimo paisaje,
que me hicieron soñar con triste encanto
en el misterio de un remoto viaje!

Por las islas ardientes y lejanas,
del Polo por las gélidas regiones;
siguiendo del Mogreb las caravanas
y del árabe oyendo las canciones.

Por Ceylán y los puertos indochinos
paseó mi barca su errabunda vela
y respiré los céfiros marinos
con perfumes de sándalo y canela.

E iba con el vuelo de las aves,
a través de las cóleras oceánicas,
a soñar un amor bajo las naves
de las viejas pagodas indostánicas.

Miraba—recorriendo los espacios—
áridas costas en la noche bruna,
o abstraía mi sér en los palacios
de Venecia y su mágica laguna.

Y de Stambul las torres de leyenda,
cuando el fulgor solar apenas arde,
como extraños fantasmas en mi senda
brillaron en la bruma de la tarde.

Y en las nieblas lunares, como informes
gigantes sombras que el misterio finge,
ví surgir las pirámides enormes
y la vasta silueta de la Esfinge.

.....
Sobre estas cosas íntimas y gratas,
aroma ideal de mi nativo suelo,
surgen memorias lúgubres e ingratas,
tendió la muerte su profundo duelo.

¡Oh perdida ilusión, sueños ingentes!
En mi jardín no hay pájaros ni flores
y he visto circular extrañas gentes
en el tranquilo hogar de mis mayores.

Ellos reposan en la tierra fría
bajo el clamor del viento gemebundo,
ya libres de la duda y la sombría
ley tenaz de dolor que rige el mundo.

Para sus tumbas que en la paz serena
yacen del penumbroso camposanto,
de mi extinta ilusión en la honda pena
dejo aquí la amargura de mi canto

y las coronas que me dió la Gloria,
de mi eterno cariño ofrendas fieles....
Ellas resumen mi fugaz historia:
soñar, sufrir.... ¡y un ramo de laureles!

.....
Víctima de un fastidio prematuro,
de la Vida y del Arte fatigado,
iré a buscar, bajo tu cielo puro,
agreste paz mi espíritu cansado
que por tus bosques sin cesar suspira....

Y será entonces mi final empeño
colgar de un árbol gemidor mi lira
y a su sombra dormir mi último sueño.

FROYLÁN TURCIOS.

La fiesta de los Tabernáculos

El pueblo hebreo cree vivir envuelto en la cauda luminosa de un astro aparecido en su cielo; los otros pueblos miran asombrados hacia aquella parte del horizonte, encendida por tan peregrino resplandor.

Cuando en Jerusalén las puertas del gran palacio se abren para dar paso al Rey que, con su séquito, va a la fiesta de los Tabernáculos, no parece sino que una nube del Poniente se ha desgarrado y derrama en la ciudad santa sus intensos arboles.

Arde la luz en los palacios laminados de cobre bruñido; cuelgan de los balaustres las lamas doradas, los largos cendales de púrpura, las telas egipcias y orientales de colores vivos. Las terrazas cuadradas y los rebordes de las pequeñas cúpulas blancas que se alzan sobre su base cú-

bica, están cuajados de gentes que agitan ramos de almendro en flor; los hombres y los niños se aferran, como nudos, al tronco de las palmeras y de los plátanos; llenan otros las ra-

Nunca nada

¡No le dije nunca nada!
¡Ni podía, ni debía!
Se ha cifrado mi alegría
en que se sintiese amada.

A mi lado fué como hada
que trajese una armonía
y un encanto en su sombría
cabellera enamorada.

Y corrí en callado río
todo el pensamiento mío
por el valle de su sombra.

Fué mi amor velo a su espalda
mi constancia su guirnalda.
mi silencio fué su alfombra.

ROBERTO BRENER MESÉN.

mas tortuosas de los sicomoros, y sus hosannas y los clamores de la multitud se mezclan a las notas de la charanga real que se acerca lentamente. El séquito viene envuelto en una nube perfumada; chispean entre el humo las tiaras de los sacerdotes, los rubíes y las esmeraldas pectorales, los brocados de las vestiduras sagradas, las luces de los turibulos oscilantes, los instrumentos musicales en forma de serpientes o de monstruos fantásticos, los metales de las picas y de los arcos, las corazas escamadas de metal brillante, las rodelas de oro, los cascos alados de pedrería; ondean, movidos por el viento del desierto, las flámulas y gallardetes de los heraldos que, por centenares, hacen sonar sus largas trompetas de plata; cuando éstas callan, lo hacen para dar espacio en el

aire a las notas metálicas que saltan de los laúdes y las liras, o al restallar de los címbalos que se chocan, sostenidos en alto por centenares de brazos cubiertos de ajorca de oro.

ANAFKH



TRAS la noche de amor, nuestros espíritus se contemplan en el rayo de sol que entra cantando en nuestra alcoba y parece un visita del cielo, un enviado de los astros, un mensajero del espacio azul, un redentor, un libertador. En su quimona de color de rosa, cuya seda espejea cuando en ella se posa como un ave estelar el cantor rayo de sol, ella parece una rosa, y como una rosa me embriaga y me deslumbra. Noto el contraste de sus cabellos negros sobre el lecho de rosa de la seda que transparenta la blancura del dorso. Asoma la magnolia de su seno desnudo, cuyo misterio conozco, como una terrible cosa de tortura, de pavora, de locura, en la agonía de la sed insaciable. Es pequeña, delgada, leve, sutil, pero fuerte. Son pequeños sus ojos, de color de topacio oriental, y brillantes como un topacio al sol. Son pequeñas sus manos, y cultivadas con el implacable esmero de un fanatismo sensual y perverso. Sus manos son un elemento de triunfo y de maldad. En sus manos leo, a la luz del cantor rayo de sol, toda su psicología. Son pequeños sus pies, tan pequeños, que

bien podrían ocultarse en el cáliz de una rosa.

Toda ella es pequeña como una margarita, como un jazmín de España, como un heliotropo, como una violeta. Toda ella es un lirio, una azucena, una ilusión, por su blancura, por su finura, por su tersura, por su fragancia; pero no por su alma. Su alma es compleja, confusa, enredada, llena de encrucijadas y de emboscadas. Es buena, y tierna, y suave, y humilde en el amor. Es esclava. Es suprema. Es divina. Y así, es capaz de todo el mal. Su alma es una noche en el bosque. Y como me había herido la impresión del contraste entre sus cabellos negros y la seda rosa que cubría sus espaldas, ahora me aterraba el contraste entre la sombra anúteba de su alma infernal y la inefable claridad del generoso mensajero del cielo, que había entrado a nuestra alcoba desgranando sus trinos de alegría, de paz y de ventura, como una piedad, como una caridad, en el tormento de la cruz del amor.

Derechos reservados

Sus pies de rosa hollaron el oro del sol esparcido sobre la púrpura de la alfombra: avanzó y se detuvo ante el tocador de marfil. El cristal reprodujo el lirio de su cuerpo y el brillo particular de sus ojos. Yo la veía ahora, de espaldas y de frente, en la ilusión de rosa de la seda que acrecentaba la voluptuosidad de sus formas. Ella se veía en el cristal, y quizá se admiraba; o quizá pensaba que yo la admiraba. En mi espíritu resonaban las voces de la noche de amor, su voz de adoración y de locura, diciéndome con angustia mortal:—Tú eres lo único divino, lo único divino, lo único divino . . .

De pie ante ella, junto al tocador de marfil la contemplo. Hace mucho rato que callamos los dos. Florece la cereza en sus labios. Su boca es una miniatura. En su frente hay una luz que falta en su corazón. De pronto rompe el silencio, y me dice sonriendo, con su sonrisa dulce y penetrante: *¿Cómo es posible amar una piel que no sea blanca?* Es una cita de Víctor Hugo. En el acto comprendo. Es una alusión. Es un grito de celos . . . Yo pienso, sin decírselo, que Lamartine escribió *que no había visto mujeres más bellas que las de Oriente*.

La tragedia ha roto nuestro idilio. La tempestad mató nuestra ventura. Su abrazo había sido el de la muerte. Entre ella y yo abrióse un día, en todo su espanto, el abismo de su alma, después de haberme hecho conocer sobrehumanos dolores. Toda mi vida quedó en el martirio de su perversidad. Ella secó mi manantial de agua pura, y me dejó herido, desgarrado, sangrando, en la arena inclemente, en el desierto. Yo había muerto en la cruz, pero continuaba amándola. Un día, cuando la tempestad bramaba sobre nosotros cual un huracán en el océano, me escribió: *Yo, como el miserable arcediano de NOTRE DAME, llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí reinan el invierno, el hielo, la desesperación. Mi alma yace en caliginosa noche, como la de aquel infeliz en la hora de la suprema tortura*. Estas palabras me causaron terror. ¿Cuál era su sentido?

En mi tortura, esa noche, el libro de Víctor Hugo fué mi compañero. ¿Quién pudo decirme, cuando de niño devoraba sus páginas, que un día, ya hombre, moriría de angustia en sus páginas buscando desesperado el inútil secreto de una tragedia cuyo horror sobrepasa los horrores del drama de Víctor Hugo?

Canto a Castilla

(FRAGMENTO)



HEROICA tierra de Castilla! Es en tí el amor tan fuerte y silencioso como tus hondas soledades; claro el pensamiento como el cristal de tus fontanas; mansas las penas como el curso de tus arroyos; sanos y sencillos los placeres como el olor de tus agrestes flores; dulce el sueño como la miel de tus colmenas; alegre el despertar como el canto de tus alondras; robusta la fe como el tronco de tus robles montesinos.

¡Qué tónico el ambiente, qué austero el paisaje, qué serena la amósfera sobre el haz de la tostada llanura! Yo he visto las yuntas perezosas, labrando la besana, y hendir la reja el húmedo terruño, y caer como una lluvia de oro, la simiente: he visto verdear la mies, y encorvarse al batir del viento, y madurar al sol, y caer al filo de las hoces y yacer agavillada en los surcos; y bambolearse en los carros gemidores y desbordarse en las eras, y crujió bajo los trillos y molerse en la aceña, y tostarse en el horno y convertirse en blanquísimas hogazas. He disfrutado en primavera de la hermosura de los campos, y he bebido el olor de madreselvas y rosales de mejoranas y tomillos. Secó mi garganta al áspero dogal de los calores agostizos y, en la callada siesta, busqué el retiro del sombrío tamujal; a la vera del río soñoliento, y al llegar la noche bañé mi frente con las aguas mansas de la luna. Ví pasar en tardes otoñales, la bulliciosa pastoría; sentí el balar de los corderos, el ladrar de los mastines, el chasquido de la honda y el silbo de los zagales, y en la postrera lumbre del crepúsculo se alzó un cayado como un cetro de rey. Dormí en las majadas, sobre las hojas perfumadas de rosina, embriagado por el vaho de los apriscos y arrullado el sueño por el manso rumiar. Y en el invierno castigué mi carne con el azote de la nieve y me curté la piel con el cuchillo de la helada. Que así a tus hijos haces, ¡oh dura tierra de Castilla! recios también y fuertes como los robles.....

Derechos reservados

¡Abre el surco, buen castellano; siembra y ara,
canta y siaga, trilla, muele el trigo en tus aceñas,
euece el pan en tus hornos, cuida de tu peculio, pero
no olvides tus glorias! Esa tierra que hieres, tierra
sagrada es, llena de osamentas. Viviendo estás
sobre una inmensa sepultura. Escucha la voz de
los muertos. enseñanza y ley de los vivos.

Nada de lo que fué se pierde en el sepulcro.
Llena de herrumbre está la lanza y puesta la
adarga en el desván, y llena de polvo en la horna-
cina la imagen olvidada: pero llega un día en que,
del pueblo dormido de la torre solariega, de la capi-
lla destejada, sale Alfonso Quijano, el hidalgo que
todos llevamos dentro, y se hace fraile o soldado o
poeta, y corre por esos mundos con la cruz, la es-
pada o la lira, y vuelve a resonar en el páramo la
voz de los antiguos varones.

¡Noble tierra de Castilla! ¿Quién podrá quebrar
el bien templado acero de tu raza? ¿Quién podrá
echar la llave al sepulcro del Cid, ni dar por muer-
to y enterrado a don Quijote? - ¡Si hasta el glorio-
so barro de tus glebas es carne y es espíritu!

RICARDO LEÓN.

Las tres doncellas

(Traducción de
Teodoro Llorente)

Tres doncellas cogidas de la mano,
al campo van cuando serena expira
una tarde apacible de verano.

Una canta feliz. Otra risueña
levantando los ojos, dulce sueña.

La tercera suspira.

- ¿Qué es el amor?—pregunta la dichosa.
La que sonríe y sueña rumorosa
contesta:—Ese misterio aun se me esconde;

mas leí, no sé en dónde,
que la vida sin él nunca fué grata.

—Yo le conozco—la última responde.
¡Le conozco y me mata!

AQUILES MILLIEN.

Una cruz entre flores

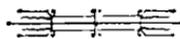
(Traducción de
Antonio M. Carvajal)

Ocultar una cruz entre flores: he aquí la maravilla realizada por la religión. Cuando se miran las religiones desde este punto de vista, no se desdennan todas las leyendas que constituyen la materia de la fe popular: se las comprende, se las ama y se siente uno invadido por cierta ternura infinita, por esa obra espontánea del pensamiento en busca del bien; en persecución del ideal; por esos cuentos de hada de la moralidad humana, más profundos y más dulces que los otros. Era necesario que la poesía religiosa preparase en la tierra, desde mucho tiempo antes, el advenimiento del misterioso ideal; que embelleciera el sitio en que había de descender, como la madre de la hermosa en el bosque durmiente, que al ver cerrarse para un sueño de cien años los ojos de su hija, coloca confiadamente a los pies del lecho el bordado cojín donde se arrodillará en lejano día el enamorado que la debe despertar con un beso.

JUAN MARÍA GUYAU.



La Hija del Líbano



Cierta noche en que uno^o de los cuatro evangelistas vagaba al azar por las calles de Damasco, vió de imprevisto, en la puerta de una mansión equívoca, a una joven de sobrenatural hermosura que parecía irradiar de todo su cuerpo hermosa claridad. Era visible que la joven esperaba allí la llegada de un amante:

—Pobre flor mancillada, exclamó el evangelista. ¿Acaso te fué dada la belleza para que ofendieras a Dios?

La mujer, toda temblorosa, repuso:

—Rabí, ¿qué debo hacer? Todo el mundo me ha abandonado.

—Escucha, dijo el profeta: soy el Enviado del Señor, a quien tú no conoces; del Señor que ha hecho con sus manos divinas los cedros del Líbano y los lirios del Sarón; el azul de los mares y el ejército de las estrellas... Pide lo que quieras y, por mi intercesión, lo obtendrás de Dios.

La hija del Líbano prosternóse de hinojos, juntó las manos y exclamó:

—Señor, recondúceme a la casa de mi padre.

—Hija mía, tu súplica ha sido escuchada en el cielo. El sol no se habrá puesto treinta veces detrás del Líbano sin que yo te haya llevado a la casa de tu padre.

Desde aquel instante, el profeta se puso a instruir a la cortesana en las excelsas verdades de la fe, y, en la mañana del trigésimo día, purificóla con las aguas del bautismo; luego, cuando el sol se hubo puesto en el horizonte, tomó paternalmente entre sus manos la diestra de la joven y le dijo:

—Hija del Líbano: ha llegado el momento de cumplir mi promesa. ¿Quieres que Dios la realice en un sentido más alto y en un mundo más dichoso?

La joven ensombrecióse al escuchar aquellas palabras, pues anhelaba tornar a ver sus colinas natales y estrechar otra vez en sus brazos a una hermana gemela, a quien amaba tiernamente. Los vapores del delirio, sin embargo, oscurecieron su cerebro y espesas nubes le ocultaron el Líbano. El apóstol entonces tocóle las sienes con su báculo

pastoral y disipó las brumas de su cerebro; en seguida dirigió su bastón hacia el Líbano y apartó las nubes que lo velaban. Entonces la joven columbró la mansión paterna, pero en ella no estaba su hermana gemela. Compadecido de su pena, el evangelista clavó los ojos en el cielo, el cual se abrió dejando ver sus divinos misterios, que sólo pueden vislumbrar los moribundos. La joven vió entonces que desde la altura le sonreía la hermana muy amada, que había muerto durante su ausencia y que la esperaba en el paraíso.

—¿Quieres ahora?—interrogóla de nuevo el profeta.

—Sí, sí,—respondió la cortesana.

Un instante después, la hija del Líbano dormía para siempre bajo su cándida veste bautismal, emblemática de pureza. El sol se ocultaba en el horizonte, y el evangelista, con los ojos arrasados en lágrimas, dióle gracias a Dios por haber permitido que, antes de terminar el trigésimo día, él, pobre pecador, recondujese la Magdalena del Líbano a la casa de su Padre...

TOMÁS DE QUINCEY.



José de Sa, Ermitaño que era actualmente en la capilla de la Virgen de Nuestra Señora de Entre Aguas.

CERTIFICACIÓN DE ÓBITO.

Ese José de Sa, mi quinto abuelo,
hidalgo altivo y cazador de fama,
para cumplir lo que juró a su dama,
su vida, al enviudar, ofreció al cielo.

En la ermita, en sus horas de desvelo,
constantemente por su muerte clama,
cuya faz fué borrándose en la llama
de su memoria, como en rojo velo...

Mas la Virgen, sonriendo con deleite,
al que tan bien y tanto le servía,
por las tardes, cuando él lleno de agobios

iba a encender su lámpara de aceite
con las facciones se le aparecía
de su adorada cuando fueron novios.

EUGENIO DE CASTRO *Derechos reservados*

El martillo habla



¿Por qué tan duro?—dijo un día el diamante al carbón. ¿No somos parientes próximos?

¿Por qué tan blandos?—os pregunto yo, hermanos míos. ¿No sois, pues, mis hermanos?

¿Por qué tan blandos, tan maleables, tan muelles? ¿Por qué hay tanta renuencia, tanta abdicación en vuestros corazones, tan poco destino en vuestra mirada?

Si no queréis ser inexorables ¿cómo podríais vencer conmigo en cierto día?

Si vuestra dureza no quiere centellear, cortar, hendir ¿cómo podríais crear conmigo en cierto día?

Los creadores son duros, y por eso debe pareceros seráfico el imprimir vuestra mano sobre los siglos como sobre cera blanda; seráfico el vivir sobre la voluntad de los milenarios, como sobre bronce, más dura que el bronce, más noble que el bronce.

¡Oh hermanos míos: yo pongo sobre vosotros esta nueva tabla de la ley: ¡Hacedos duros!

FEDERICO NIETZSCHE.

LA MUERTE DE COLGAR

—Hija de Ural, es preciso seguir a Colgar. Voy a encadenar a tu padre, pues, de lo contrario, haría sonar su escudo y lograría hacerse oír de los jvenes cazadores.

—Colgar, no te amo. Déjame aquí con mi padre. Su vista es débil y nadie está a su lado en su vejez.

Colgar se niega a escucharla. La hija de Ural se ve obligada a partir con él; pero su continente era lúgubre. La hija de Ural avanza agobiada de tristeza, semejante a la niebla de la llanura cuando el sol está cubierto de nubes y el silencio reina en los valles.

Un cervatillo saltaba sobre la maleza. Huía a lo largo de un arroyuelo; sus rojizos ijares aparecen de tiempo en tiempo a través de los espesos helechos.

—Colgar—dice Morala—préstame tu arco. Sé atravesar los venados.

Colgar la dió su arco. Morala lo tendió y atravesó el pecho de Colgar. Volvió sola y victoriosa a las colinas y el alma de su padre se regocijó. El ocaso de su vida fué semejante a la puesta del sol sobre la montaña que la primavera embellece, al follaje que en el otoño brota suavemente de las ramas para dorar el solitario valle.

OSSIÁN.

Palacio de Brandeso

¡DESPUÉS de tantos años volví a ver aquellos salones de respeto y aquellas salas familiares! Las salas, entarimadas de nogal, blancas y silenciosas, que conservan todo el año el aroma de las manzanas agrias y otoñales puestas a madurar sobre el alféizar de las ventanas; y los salones, con antiguos cortinajes de damascos, espejos nebulosos y retratos familiares—damas con basquiña, prelados de doctoral sonrisa, pálidas abadesas, torvos capitanes—. En aquellas estancias nuestros pasos resonaban como en las iglesias desiertas, y al abrirse lentamente las puertas de floreados herrajes, exhalábase del fondo silencioso y obscuro el perfume lejano de otras vidas. Solamente en un salón que tenía de corcho el estrado, nuestras pisadas ruid despertaron rumor alguno; parecían pisadas de fantasma, tácitas y sin eco. En el fondo de los espejos el salón se prolongaba hasta el ensueño, como en un lago encantado, y los personajes de los retratos, aquellos obispos fundadores, aquellas tristes damiselas, aquellos avellanados mayorazgos, parecían vivir olvidados en una paz secular.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.

Hablan los reos

(Traducción de Eduardo Marquina)

- Robé un pan. — No tenía hogar, ni lecho.
• ni ropa, ni jergón...
¿Quién va allí de uniforme con gran cruz en el pecho?
— Un ladrón.
- Soy criminal. — Con un golpe de maza
quitóme la razón destino fiero...
¿Quién pasa allá, arrastrado por dos potros de raza?
— Un ratero.
- La crápula maldita
me puso en la miseria — y me ha vendido.
¿Qué espléndido palacio radiante! ¿Quién lo habita?
— Un bandido.
- Viola, seduce, roba y asesina
y miradle: ¡es un rey!
¿Qué prostituta canta lúbrica en esta esquina?
— La Ley.

MANUEL GUERRA JUNQUEIRO.



O perpetuemos el dolor. Seamos castos de una castidad elevada. Tú como Inés la Santa de los tupidos cabellos, yo como el purísimo San Luis Gonzaga.

La pureza conviene a almas como las nuestras: las mucosas tientan solamente a las almas vulgares. La sonrisa con que me encantas sea rosa mística y sean las miradas tuyas el argentino *pax-tecum*.

No son ya tus gráciles gracias de doncella las que me cautivan. Del Arcángel la espada reluciente decapitó a la Lujuria que hiere y que hiela: lo que adoro es tu corazón.

EUGENIO DE CASTRO.

La copa de Alejandro

Traducción de E. Reverter Delmas



A otra agua fuerte referíase al histórico jarrón de plata que Elena había heredado de su tía Flaminia y que se llamaba *La copa de Alejandro*

Este histórico jarrón fué donado a la princesa de Bisenti por César Borgia, antes de partir para Francia a llevar la bula de divorcio y las dispensas del matrimonio de Luis VII, y debía de haber formado parte del fabuloso equipaje que el Valentino llevó consigo a su entrada en Chinon, descrita por el señor de Brantome. El dibujo de las figuras que giraban en torno y las que surgían de los bordes de las dos extremidades, se atribuían al Sanzio.

La copa se llamaba de Alejandro, porque fué compuesta en memoria de aquella prodigiosa, en la que en los grandes festines solía prodigiosamente beber el Macedonio. Grupos de sagitarios contorneaban los flancos del vaso, con los arcos tendidos, tumultuosos, en las actitudes admirables de aquellos otros que Rafael pintó desnudos y saeteando contra l'Erma, en el fresco que hay en la sala del palacio de los Borgias, decorada por Juan Francisco Bolognesi. Perseguían una gran Quimera, que surgía por encima del borde, como una asa, en la extremidad del vaso, mientras en la parte opuesta brincaba el joven sagitario Bellerofonte, con el arco tendido contra el monstruo nacido del Tifón. Los adornos de la base y del borde eran de una rara elegancia. El interior estaba dorado como el de un copón; el metal era sonoro como un instrumento; su peso, de trescientas libras, y su forma era en un todo armoniosa.

GABRIEL D'ANNUNZIO.



La bondad invisible



ES una cosa--díjome un día el sabio a quien por casualidad había encontrado a orillas del océano que apenas se oye--es una cosa que no se distingue y con la que nadie parece contar; y sin embargo, creo que es una de las fuerzas que conservan los seres. Los dioses de quienes nacimos se manifiestan en nosotros de mil maneras distintas; pero esta bondad secreta que no se ha visto y de la que nadie ha hablado bastante directamente, es tal vez la señal más pura de su vida eterna. No se sabe de dónde viene. Sonríe simplemente en el umbral de nuestras almas; y aquellos en quienes sonríe más profundamente o con más frecuencia les haremos sufrir día y noche si ellos quieren, sin que nos sea posible no amarles.....

No pertenece a este mundo, y se confunde, sin embargo, con la mayor parte de nuestras agitaciones. No se toma el trabajo de mostrarse en una mirada o en una lágrima. Se oculta, por el contrario, por razones que no se adivinan. Dijérase que teme hacer uso de su poder. Sabe que sus movimientos más involuntarios harán nacer en torno de ella cosas inmortales; y somos avaros de las cosas inmortales. ¿Por qué, pues, ese temor de agotar el cielo que está en nosotros? No nos atrevemos a obrar según el Dios que nos anima. Tememos lo que no explica un gesto o una palabra; y cerramos los ojos a lo que hacemos a pesar nuestro en el imperio en que las explicaciones son superfluas.

MAURICIE MÆTERLINCK.

